

EL FILÓSOFO DEL CORAZÓN

Clare Carlisle

PREFACIO

«Una relación amorosa siempre instruye sobre el sentido de la existencia»,^[1] escribió Søren Kierkegaard después de que su única historia de amor acabara en un compromiso roto. Kierkegaard hizo filosofía desde la vida, proyectando su vida en su obra más que ningún otro filósofo. Su crisis romántica le inspiró una serie de reflexiones sobre la libertad humana y la identidad que le granjearon una fama imperecedera como «padre del existencialismo». Creó un nuevo estilo de filosofar que hundía sus raíces en lo más profundo del drama humano. Aunque fue una persona difícil (y un ejemplo, quizá, peligroso), su capacidad para dar testimonio de la condición humana fue muy inspiradora. Se convirtió en un experto en el amor y el sufrimiento, en el humor y la angustia, en el coraje y la desesperación; hizo de estos asuntos la materia principal de su filosofía, y su obra ha llegado al corazón de generaciones enteras de lectores.

Cuando la escritora sueca Fredrika Bremer visitó Copenhague en 1849 para redactar una crónica de la vida cultural danesa, hacía unos cuantos años que a Kierkegaard se lo consideraba una eminencia en su ciudad de nacimiento. Bremer no llegó a conocerlo (él rechazó su petición de entrevistarle) aunque sí oyó una gran cantidad de rumores sobre sus inquietas costumbres: «Por el día, se le puede ver caminando entre la multitud, subiendo y bajando durante horas la calle más bulliciosa de Copenhague. Por la noche, según se dice, la luz brilla hasta muy tarde en su vivienda solitaria».^[2] Quizá, tal como era de esperar, para Bremer fue una figura «inaccesible, con la mirada clavada sin interrupción en un punto fijo». «Enfoca su microscopio», escribió, «sobre este punto e investiga con sumo cuidado los átomos más ínfimos, los movimientos más fugaces, las alteraciones más recónditas. Y

sobre esto habla y escribe sin parar páginas y páginas. Para él, todo está contenido en este punto. Y este punto no es otro que el corazón humano». Bremer señaló también el hecho de que la obra de Kierkegaard despertara sobre todo la admiración de las mujeres lectoras: «La filosofía del corazón debe de ser importante para ellas». Pero también ha demostrado serlo para los hombres. Echemos, si no, una ojeada a las sucesivas generaciones de lectores devotos de Kierkegaard, entre los que se encuentran algunos de los artistas y pensadores más influyentes del siglo pasado.

Por supuesto, Kierkegaard no fue el primero en esforzarse por dar sentido a la existencia humana. Tuvo que vérselas con la formidable tradición intelectual europea y asimilar el legado del Antiguo y el Nuevo Testamento, los metafísicos griegos, los padres de la Iglesia y los monjes del medievo, Lutero y el pietismo luterano, las filosofías rompedoras de Descartes, Spinoza, Leibniz, Kant, Schelling y Hegel, además de la literatura romántica. Durante tres fértiles y convulsas décadas del siglo xix canalizó estas corrientes de pensamiento hacia su propia existencia y sintió cómo sus tensiones y paradojas lo atravesaban, mientras que, al mismo tiempo, su corazón sufría las puñaladas, las plenitudes, las expansiones y las magulladuras ocasionadas por una serie de intensos amores, todos y cada uno (salvo, quizá, el primero) caracterizados por una profunda ambivalencia: su madre Anne, su padre Michael Pedersen, su prometida Regine, su ciudad, su obra literaria, su Dios.

Pronto nos encontraremos con Kierkegaard cuando regresa a Copenhague desde Berlín, en mayo de 1843, viajando en tren, en diligencia y en barco de vapor. Enseguida lo veremos como el escritor que es, con treinta años de edad, inmerso en la obra que lo hizo famoso. El autor dueño de una fluidez extraordinaria que logró encarnar su alma en su adorada lengua danesa y que, incluso traducido, nos transmite la musicalidad de su prosa, la poesía de su pensamiento. Lo que él mismo llamó después «su oficio de escritor» ocupó la mayor parte de su vida y consumió sus energías y su dinero. Pero la denominación de escritor no solo apunta al hecho de que

produjo grandes libros en una cantidad asombrosa, así como infinidad de diarios y colaboraciones para revistas: la escritura se convirtió en la urdimbre de su existencia, en el amor más vibrante de su vida. El resto de sus amores se derramaron en ella para engrandecerla como el océano que rompe sin descanso contra su tierra natal. Fue un amor absorbente, incontenible: cuando era joven le costó ponerse a escribir, pero una vez comenzó, nada lo detuvo. Le preocupaba todo lo relativo a los derechos de autor y a la potestad sobre su propia obra y vivió perpetuamente desgarrado entre la dicha de escribir y las angustias de publicar, fascinado por la literatura, sufriendo por su elevado nivel de exigencia en cuestiones tipográficas y de maquetación.

Fue al mismo tiempo un escritor y un explorador espiritual. En el mito de la caverna, incluido en La República de Platón, un personaje solitario escapa del mundo ilusorio, de la realidad normal y corriente, para buscar la verdad y regresa más tarde para compartir su conocimiento con la multitud anestesiada: este arquetipo de filósofo define bien la relación de Kierkegaard con su siglo, el xix. Asimismo, en la narración del penoso viaje de Abraham al monte Moriah, recogida en el Antiguo Testamento, Kierkegaard distinguió las corrientes religiosas que moldeaban su vida interior: el profundo anhelo de Dios, la lucha angustiosa por comprender su propia vocación y la búsqueda de un sendero espiritual auténtico. Su religiosidad desafió una y otra vez las convenciones, aunque sus creencias no se alejaron mucho de la ortodoxia.

Este libro viaja junto a Kierkegaard en pos de la «cuestión de la existencia» que lo alentó y lo abrumó a partes iguales, que lo lastró y lo empujó sin cesar hacia delante: ¿cómo ser humano en este mundo? Kierkegaard criticó los excesos abstractos de la filosofía de su época e insistió en que nuestra misión es averiguar quiénes somos y cómo hemos de vivir, inmersos, como estamos, en plena vida y con un futuro incierto por delante. Del mismo modo que no podemos apearnos del tren mientras está en marcha, no podemos tampoco separarnos de la vida para reflexionar sobre su significado. Esta biografía, por tanto, no aborda a Kierkegaard desde un punto de vista

deliberadamente distante, sino que se le une en su viaje y se enfrenta con él a sus incertidumbres.

Cuando le hablé por primera vez a mi editor sobre este proyecto, me insinuó que estaba concibiendo una biografía kierkegaardiana de Kierkegaard. Así es, y su observación me ha servido de guía y me ha desconcertado a medida que escribía estas páginas. A menudo no estaba segura de cómo hacerlo; echando la vista atrás, me doy cuenta de que todo consistía en seguir las líneas, borrosas, fluidas, de la vida y la escritura de Kierkegaard, permitiendo que las cuestiones filosóficas y espirituales fueran el motor de los sucesos, decisiones y encuentros que conforman el vivir. Es la cuestión kierkegaardiana sobre cómo ser humano en este mundo la que da forma al libro. Al comienzo de la primera parte, «El viaje de vuelta», nos encontramos con Kierkegaard en plena escritura de su obra *Temor y temblor*, donde da una respuesta esperanzadora (y bastante hermosa) a esta cuestión. En la segunda parte, «La vida comprendida al mirar atrás», lo encontramos en 1848, cinco años más tarde, mientras contempla su vida y su obra y responde a esa cuestión existencial de otra manera. Kierkegaard tuvo siempre una conciencia exacerbada de su propia mortalidad, pero la sensación de muerte inminente que le angustiaba dio un giro en aquellos cinco años: 1843 fue la fecha límite que se impuso para escribir todo lo que tenía que escribir (hasta entonces trabajó con urgencia y se dio prisa en sacar sus libros al mundo), pero en 1848 vio la muerte como el hecho que daría cumplimiento a su obra. En la tercera parte, «La vida vivida hacia delante», acompañamos a Kierkegaard en su batalla con el mundo, una batalla que acabará, como no podía ser de otro modo, con su muerte.

Kierkegaard no es un compañero de viaje fácil, aunque fuese, a juzgar por muchas anécdotas, tan encantador, divertido y compasivo como interesante. Un conocido suyo escribió en su diario el 1 de septiembre de 1843: «Esta tarde he estado con el magíster[*] Søren Kierkegaard y, a pesar de que no es precisamente el tipo de persona con el que uno se siente cómodo, sucedió (como sucede a menudo) que sus palabras me

aclararon un asunto en el que había estado pensando hacía muy poco».[3] Los padres de Kierkegaard le dieron un nombre que significa «severo» y él, a medida que envejecía, se fue identificando cada vez más con su nombre. En *Postscriptum* no científico y definitivo a «Migajas filosóficas», que escribió con treinta y tres años, afirmaba que para llegar al estado religioso una persona debía «comprender el secreto del sufrimiento como la forma más elevada de vivir, más elevada aún que cualquier buena ventura... Pues la gravedad de lo religioso empieza por hacerlo todo más grave».[4] Sin embargo, unas pocas páginas después, al hablar de una persona religiosa que disfrutaba de una excursión por el Parque de los Ciervos de Copenhague, afirmaba: «Porque la expresión más humilde de la relación con Dios es admitir la humanidad de uno, y porque disfrutar es humano».[5] La verdadera alegría, venía, por tanto, a decir, es siempre la otra cara del sufrimiento.

Lo cierto es que la dicha de ser humano nunca fue algo fácil de alcanzar para Kierkegaard. A principios de la década de 1840 era un joven rico, talentoso y sociable, amado con pasión por una mujer bella e inteligente, pero se complicó la vida a sí mismo de un modo extraordinario. Este rasgo profundo y misterioso de su psicología es inseparable de su postura filosófica ante el mundo. Fue tal vez el primer gran filósofo que abordó la experiencia de vivir en un mundo moderno, reconocible, el de los periódicos, los trenes, los escaparates, los parques de atracciones, donde se concedía una gran importancia a la información y el conocimiento. Aunque, en términos materiales, la vida se volvió más fácil y cómoda para la gente pudiente como él, al mismo tiempo aparecieron nuevas ansiedades y angustias sobre la identidad y el papel que uno debía representar en la sociedad. Expuesto al público no solo en sus libros, sino también en las calles de Copenhague, tras los ventanales de los cafés de moda en Strøget y en los periódicos de la ciudad, Kierkegaard sintió que los ojos ajenos se posaban sobre él y le angustió lo que vieron.

En *Postscriptum* no científico y definitivo retrató a un filósofo en la treintena (un personaje casi idéntico a él) sentado en la terraza de un café, en los Jardines de Frederiksberg, mientras

fuma un cigarro y reflexiona sobre su lugar en el mundo: «Se te va el tiempo, me dije, y envejeces sin ser nada... Donde quiera que mires, en la literatura y en la vida, ves nombres famosos, figuras célebres, los premiados, los aclamados haciendo acto de presencia o siendo el tema de las conversaciones; los numerosos benefactores de la época, que saben cómo hacer de la vida algo cada vez más fácil, con sus ferrocarriles, con sus omnibuses y barcos de vapor, con sus telégrafos, con sus análisis fácilmente comprensibles y sus breves informes sobre lo que merece la pena conocer».[6]

La vida espiritual también se había vuelto más fácil, reflexionaba Kierkegaard, gracias a los filósofos cuyos sistemas explicaban la fe cristiana y demostraban su verdad, su racionalidad y los valores morales que aportaba a la sociedad. «¿Y tú, qué haces tú?», se preguntaba: «Aquí mi soliloquio se interrumpía porque mi cigarro se acababa y tenía que encenderme otro. De modo que volví a fumar y entonces, súbitamente, como un relámpago, se me vino este pensamiento: “Debes hacer algo, sí, pero puesto que con tus limitadas capacidades será imposible que hagas que algo sea más fácil de lo que ya es, debes, con el mismo entusiasmo humanitario que los demás, encargarte de hacer algo más difícil”. Esta idea me agradó inmensamente y también me sentí muy halagado al pensar en lo mucho que me amaría y estimaría todo el mundo por este esfuerzo».

Estas palabras desenfadadas rebosan ironía. Cuando las escribió, Kierkegaard estaba muy decepcionado por el poco entusiasmo que su obra despertaba entre sus colegas. Su compromiso de subrayar la problemática de la condición humana y de ahondar en ella dio como resultado una interminable serie de escritos ambiguos y evasivos que encerraban mucho en muy pocas líneas y eran casi imposibles de resumir y parafrasear. En muchos de ellos, voces narrativas diversas plantean conflictos que no llegan a resolverse entre distintas visiones de la vida, y los errores y los malentendidos tienen tanto peso en la exposición como los atisbos de verdad. Uno puede pasarse décadas, como he hecho yo, lidiando con su...